

Las experiencias de militancia en el Partido Comunista en los sesenta-setenta como espacios de construcción identitaria

-Paola Bonvillani-
[Universidad Nacional de Córdoba - CONICET]
(paolabonvillani@gmail.com)

Introducción¹

La ponencia propone reflexionar acerca de los modos a partir de los cuales las experiencias de militancia en el Partido Comunista Argentino (PCA) -durante las décadas del sesenta-setenta- emergieron como espacios de construcción identitaria. Preguntarse por los procesos de constitución identitaria conduce inevitablemente a explicitar las concepciones sociológicas y antropológicas que informan sobre la conformación del sujeto. En tal sentido, se presenta un panorama general de distintos enfoques que se han aproximado a la cuestión identitaria, para luego enmarcar el uso de categorías analíticas fértiles en la construcción de un posicionamiento sobre dicha cuestión². A modo de avance, aquí se rechazan las posturas más radicales, las cuales plantean la disolución identitaria y el “fin de la historia”, y en cambio, se recogen aquellas teorizaciones moderadas que permiten a la vez re-encontrar algún sujeto capaz de agencia, sin retornar a la existencia de una identidad esencial y universal.

Asimismo, se abordan algunas dimensiones propias de la cultura política comunista, necesarias para pensarlas maneras como lo cultural moduló la constitución de los sujetos militantes, e incidió en sus prácticas dentro del campo de las fuerzas de izquierda de aquellos años.

Finalmente, la estrategia metodológica se sustenta en la triangulación de diversos materiales empíricos. Así, se combina el análisis de documentos partidarios oficiales con el objetivo de analizar las dimensiones prescriptivas de las prácticas de militancia, junto con los testimonios orales elaborados a partir de entrevistas en profundidad. Consideramos fundamental la inclusión de estos testimonios en tanto permiten articular significados subjetivos de experiencias personales y prácticas sociales. Ciertamente, en ellos se movilizan y activan procesos de subjetivación política en los que el propio proyecto de vida evocado, se encuentra fuertemente marcado por su militancia política³.

Breve recorrido conceptual por la categoría identidad

-
- 1 Esta ponencia forma parte del proyecto de investigación para la carrera de doctorado en Historia, denominado *Memoria, identidad y cultura política de militantes comunistas: Una mirada desde Córdoba, 1966-1973*, desarrollado bajo la dirección de la Dra. Marta Philp.
 - 2 En este trabajo se han seleccionado aquellas perspectivas más significativas en orden a las preguntas que se buscan responder, aunque se advierte que se está lejos de recuperar la totalidad de visiones existentes sobre el tema.
 - 3 Se realizan entrevistas centradas en aquellas experiencias de militancia vividas durante un período histórico concreto. Optamos por un diseño multivocal atendiendo a nuestra posición teórica sobre el objeto de estudio, es decir, una noción de la identidad como proceso de construcción social que, por lo tanto, requiere la articulación de diversas voces.

La noción de identidad ha sido tratada históricamente desde diversas disciplinas a través de una multiplicidad de miradas⁴. Su emergencia debe entenderse como requerida para fijar algunos rasgos principales de la concepción hegemónica del sujeto en la modernidad⁵. En tal sentido, la mayor parte de las investigaciones sobre el problema del sujeto toman como referente la obra de René Descartes. Por lo tanto, si bien la caracterización del “sujeto cartesiano” es ampliamente conocida y extensamente difundida, es oportuno resumir algunos rasgos básicos. Entre las ideas que dieron fundamento ideológico a la modernidad, se destaca la creencia en una esencia o naturaleza universal del hombre: la razón. Mediante el uso de su razón el hombre puede conocer el mundo exterior, ser dueño de sí mismo y conducir su propia historia. De este modo, el racionalismo se articuló íntimamente a una concepción “esencialista” del sujeto, como dotado de un conjunto de atributos “dados”, preexistentes, que permanecen iguales, continuos e idénticos a sí mismos, a lo largo de su existencia.

Ese esencialismo tuvo enormes efectos en la naciente ciencia moderna, en tanto se basó en la búsqueda de fundamentos seguros e invariantes para el conocimiento, esto es, universales y constantes a-históricas. Para alcanzarlos, la razón científica procede reduciendo las diferencias, anulándolas de manera de poder integrarlas en categorías que, al unificar, finalmente niegan la pluralidad. Al respecto, Ibáñez Gracia (1996) sostiene: *“El discurso de la modernidad es un discurso totalizante, un discurso que se presenta como válido para todos, para todo, en todos los tiempos. Es un discurso a partir del cual se puede -esta es la pretensión, en todo caso- formular respuestas para todo o por lo menos indicar hacia dónde hay que buscar las respuestas”* (p. 66).

Sin embargo, ya en el siglo XX esta perspectiva de sujeto fue puesta en duda desde diversos ámbitos académicos: *“El debate modernidad/posmodernidad iniciado en los 80 en torno al “fracaso” de los ideales de la ilustración, había abierto camino a un potente replanteo teórico de los fundamentos del universalismo que no solamente comprendía a la política, a los grandes sujetos colectivos cuya muerte se anunciaba (el pueblo, la clase, el partido, la revolución...) sino también a los “grandes relatos” legitimantes de la ciencia, el arte, la filosofía.”* (Arfuch; 2002: 21-22).

Ahora bien, más allá de los debates postmodernos en torno a la necesidad y la vigencia de la identidad en tanto categoría, coincidimos con Hall (2003) en que la noción es fundamental, pues, sin ella, ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto, aunque ya no puede entenderse a la vieja usanza⁶.

4 La Filosofía la ha abordado desde diversas perspectivas y en distintos contextos históricos, siendo la Psicología y el Psicoanálisis desde el siglo XIX, los que le otorgaron un lugar preponderante en el estudio de los procesos individuales.

5 Dentro de la historia de las ciencias sociales la modernidad se comprende como un periodo de larga duración que se extiende desde el siglo XV al XX, en el que las revoluciones -en tanto transformaciones irruptivas en torno a las relaciones de dominación-, cobran un significado innovador: allí están incluidos grandes hitos como la revolución francesa, la revolución industrial, la revolución Copérnico-Galileana, la revolución rusa, entre otros (Lagorio; 2012).

Si bien es innegable que la modernidad nace en Europa, no podemos concebirla como un fenómeno exclusivamente europeo. Desde el punto de vista de su desarrollo histórico, la modernidad es un proceso complejo de incorporación y recontextualización de sus dimensiones en diferentes espacios. Compartimos con Larraín (1997) cuando afirma que América Latina tiene una manera específica de estar en la modernidad: *“Por eso nuestra modernidad no es exactamente la misma modernidad europea; es una mezcla, es híbrida, es fruto de un proceso de mediación que tiene su propia trayectoria; no es ni puramente endógena ni puramente impuesta...”* (p. 315).

6 Dentro del amplio y complejo campo de las aproximaciones postmodernas, podríamos distinguir entre posiciones más radicales que plantean la disolución identitaria y la muerte del “sujeto” debido a la variedad de experiencias que atraviesan los sujetos en el marco de las enormes transformaciones socio-económicas y culturales de los últimos tiempos; y aquellas

Un elemento común a la mayoría de las corrientes críticas de la noción moderna de identidad, refuta la lógica binaria que la instituye a partir de la diferencia y piensa al “otro” sometiéndolo a los propios modelos de identidad, o excluyéndolo. En tal sentido, siguiendo la nueva aproximación al concepto propuesta por Hall (2010), la identidad se construye como un proceso dinámico, relacional y dialógico que se desenvuelve siempre en relación a un “otro” que transmite al sujeto los valores, significados y símbolos de los mundos que habita⁷. La identidad, entonces, se va configurando a partir de procesos de negociación en los cuales se pone en juego la percepción de la alteridad como reconocimiento intersubjetivo (Taylor; 1993). En efecto, el proceso de constitución de las identidades remite a una serie de prácticas de diferenciación y marcación de un ‘nosotros’ con respecto a unos ‘otros’. Por tanto, la identidad nunca estará determinada en sí misma, más bien, identidad y diferencia deben pensarse como procesos mutuamente constitutivos. En palabras de Hall (2003), la identidad “ (...) sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo” (p.18). Lo anterior nos permite pensar las implicancias comprendidas en los procesos identitarios constituidos bajo la racionalidad moderna, tal el caso de la identidad comunista.

La identidad comunista y su “afuera constitutivo”

A pesar de los cambios en la estructura social, en la perspectiva cultural y en el debate de ideas tanto a nivel local como mundial producidos durante el periodo abordado aquí, las formulaciones ideológicas, teóricas y políticas más codificadas del marxismo-leninismo, se volvieron incuestionables e impusieron fuertes límites a las interpretaciones sobre la sociedad y sus modalidades de cambio. En efecto, desde mediados de la década del treinta y sobre todo luego, en el contexto de la Guerra Fría, el PCA le asignó primacía a la Unión Soviética, identificó casi sin matices los intereses de ésta con los del socialismo a nivel mundial y consecuentemente encaminó todos sus esfuerzos a contribuir al triunfo soviético contra el bloque capitalista. Son ilustrativas las palabras de un militante en este sentido: “(...) nosotros pensábamos en la Unión Soviética como el faro luminoso sin saber lo que realmente objetivamente pasaba en la Unión Soviética, te das cuenta?(...) cuando fuimos, hace muchos años (...) a la Unión Soviética, yo poco más, bajo del avión y beso la tierra (...) vos te reís pero era así (...) era así, era un sentimiento (...)” (L. Y. 3-7-2015). Los recuerdos evocados por el militante permiten sostener que en las imágenes del futuro posible y deseable que el comunismo local proyectó, el ejemplo de la Unión Soviética se presentó como modelo de organización social, al confirmar la certeza del futuro socialista de la humanidad. En tal sentido, el marxismo representó uno de los discursos o metanarrativas propias de la modernidad (Lyotard; 1994) ya que contenía un proyecto de futuro social que, al basarse en los supuestos de universalidad y progreso

más moderadas que retoman y producen nuevas síntesis de autores que criticaron la identidad, aún dentro de la modernidad. Respecto a los debates sobre el tema se puede citar el trabajo de Brubaker, Rogers y Frederick Cooper (2001): “Más allá de ‘identidad’”, *Apuntes de investigación* del CECyP, N° 7, Buenos Aires, pp. 30-67.

7 Advirtiendo sus diferencias y matices, diversos autores consideran que la identidad es una manifestación relacional. Al respecto podemos citar a Cuche, Denys (1999): *La noción de cultura en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión; Taylor, Charles (1996): *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona; Hall, Stuart (2003): “¿Quién necesita ‘identidad’?”, en Stuart Hall y Paul du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 13-39; Bauman, Zygmunt (2003): “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad”, en Stuart Hall y Paul du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 40-68; Goffman, Erving (2001): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu; Arfuch, Leonor (2002): *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo.

histórico, se presentaba como propuesta normativa para el mundo⁸.

Cuando a través de los testimonios se evocan vivencias pasadas, ese "(...) pasado que se rememora y se olvida es activado en un presente y en función de expectativas futuras" (Jelin; 2002:18). Para el caso de nuestro entrevistado, se podría sostener que los recuerdos de la época en que militó le otorgan una valoración positiva a la misma, aunque su memoria está fuertemente marcada por una lectura del presente signada por la evidencia del frustrado proyecto del socialismo real: "(...) después todos descubrimos, pero mucho tiempo después, que las premisas de la Unión Soviética no podían trasladarse mecánicamente a cada país (...) la Unión Soviética quería defender una cosa monolítica, y nosotros realmente creímos en eso" (L. Y. 28-8-2010).

El monolitismo al que alude el militante hace referencia a la plena confianza que el comunismo local depositaba en la interpretación que la Unión Soviética hacía de la teoría marxista en tanto instrumento que ofrecía respuestas totales a los problemas de la humanidad. La siguiente cita da cuenta que la certeza de la infabilidad de la teoría marxista-leninista, implicó extrapolarla a todos los escenarios y tiempos como medio para alcanzar la emancipación: "El materialismo dialéctico eleva al ser humano permitiéndole descubrir e interpretar la realidad que lo rodea, descubrir las leyes de la naturaleza y de la sociedad, transformar ambas" (González Alberdi, 1974: 19).

Asimismo, las representaciones comunistas referentes a las posibilidades humanas de acceso a la verdad mediante el uso de la razón y los procedimientos de la evidencia empírica, se hacen presentes en los recuerdos de la militancia, en los cuales se tiende a rechazar la legitimación teológica de las creencias que predestinarían la historia personal y social: "(...) si hay o no hay un Dios, no lo sé, para mí no, porque no lo he visto nunca, ni se me ha aparecido ni nada, bueno, que hay un ser supremo no lo sé tampoco porque tampoco lo he visto (...) no es que soy totalmente atea, que yo no creo en nada, yo no creo en las vírgenes, no creo en Dios (...) yo creo en la gente, que te hace bien y que te hace mal (...) la vida misma te va indicando ¿cómo puedes pensar que alguien puede matar a alguien porque sí!? ¿cómo pegarle a alguien porque sí?! (...) yo pasé por la cárcel, entonces sé lo que es (...) por eso te digo: ¡¿Y adónde está Dios!?" (R. N. 10-8-2015).

Si bien a principios de los sesenta el PCA había experimentado un verdadero auge de su influencia -al representar la principal fuerza en el campo de la izquierda argentina- a lo largo de esa década perdió progresivamente el "monopolio" del marxismo. En efecto, los años analizados aquí se caracterizaron por el creciente proceso de protesta social y conflictividad política, originados a partir de la resistencia a la proscripción del peronismo y del ambiente revolucionario posterior a la Revolución Cubana. En este contexto, se produjo la progresiva aparición del heterogéneo conglomerado de fuerzas sociales y políticas que ha sido denominado "nueva izquierda" (Tortti; 2006), en cuyo imaginario político la idea de la revolución junto a la discusión en torno a la opción por la lucha armada fueron tópicos centrales.

Estas agrupaciones se constituyeron en oposición, tanto a la orientación ideológica, como a las estrategias de acción del PCA, las cuales fueron fuertemente criticadas por considerarse propias de una tendencia reformista que desvirtuó y abandonó los principios revolucionarios del marxismo. En efecto, fiel a su línea pro-soviética, el comunismo adoptó la estrategia de la "vía pacífica" para la transición al socialismo. El concepto -elaborado por el Partido Comunista de la Unión Soviética en su vigésimo congreso celebrado en 1956-

8 Dentro de los autores posmodernos, Jean-Francois Lyotard es quien de forma más categórica ha definido lo que se ha dado en llamar la condición posmoderna, según la cual se advierte en el final de la historia el fin de los grandes relatos, o metarrelatos, es decir el cristiano, el ilustrado, el marxista y el idealista, que guiaron la época moderna.

caracterizaba la línea política que los partidos comunistas debían seguir en las áreas periféricas del mundo capitalista. Significaba básicamente negar la vía insurreccional de masas para conquistar el poder y proponía, como contrapartida, formas parlamentarias-electorales como métodos de lucha del proletariado. Esta nueva orientación consistía en ganar progresivamente la mayoría en el Parlamento para dictar leyes que cambiaran paulatinamente el carácter de clase del Estado, utilizando para ello, la clase obrera como elemento de presión contra los partidos burgueses.

En virtud de esta línea oficial, la cúpula dirigente se opuso a ciertos grupos internos -provenientes especialmente del ámbito juvenil- que se inclinaron por las teorías de la lucha armada, en tanto consideró que pretendían aplicar un “voluntarismo revolucionario” prescindente de las masas. Resulta interesante citar aquí el informe presentado por Victorio Codovilla -cuadro máximo de la dirigencia nacional- al XII Congreso Nacional reunido en 1963, en el que esgrimió los fundamentos del programa aprobado. A contracorriente del cada vez más eminente debate interno, la dirigencia se complacía en definir al comunista como “(...) un partido ideológicamente fuerte (...) actuando en el marco de una exacta armonía donde los viejos militantes se funden a los nuevos y les transmiten sus experiencias (...). El partido se presenta férreamente unido alrededor de su Comité Central y de su línea política. Esto se debe a que el Comité Central ha inspirado siempre su actividad en los principios inmortales del marxismo-leninismo y a que ha combatido cualquier conato de desviación revisionista y oportunista o de desviación izquierdista y dogmática” (Codovilla; 1963: 12-17).

La cita resulta de interés en tanto permite abordar algunas cuestiones. En principio se advierte que compartir una identidad colectiva implica también a veces la necesidad de “obedecer” sus prescripciones normativas, a partir de la imposición de jerarquías. Por consiguiente, pueden existir divergencias y hasta contradicciones entre miembros de un mismogrupo. En efecto, las características del marxismo, enfatizadas en la versión estalinista, re-presentaron una matriz sustancial, un corpus de ideas-fuerza para la militancia comunista, que impusieron fuertes límites a la participación y al debate y acentuaron el verticalismo, el burocratismo y la arbitrariedad de las decisiones de los organismos superiores sobre las estructuras partidarias inferiores. En consecuencia, cuando el disenso superaba los límites de la tolerancia permitida, muchas veces conducía al alejamiento o a la expulsión del partido. Al respecto, en una serie de intercambios epistolares, un militante recuerda con nostalgia la expulsión de su amigo en una reunión celebrada en su propia casa: “Ese día nos dejamos llevar por el estalinismo de la dirección, lo sé y me arrepiento. Pero podías habernos librado de esa experiencia (...) si te hubieras ido (...) sin necesidad de plantearle al PC totalmente “otra” línea ¿Para qué? ¿Pensabas que el PC se iba orientar en esa línea guevarista por la discusión contigo?” (C. S.; 2009)⁹.

Por otra parte, las palabras del dirigente dan cuenta que las pretensiones de universalidad del comunismo conllevaron la subyugación del “otro”. Así, la discusión fue monopolizada por aquellos que decían hablar en nombre de la razón universal, quedando silenciados los grupos marginales porque la revolución no resistiría los debates y desacuerdos: “(...) vos adentro discutías todo y había debates fuertes sobre distintas posiciones políticas, una vez resuelto eso (...) se aplicaba lo que la mayoría planteaba, eso era el centralismo democrático, es decir, yo me tenía que bancar, pero vos te tenías que bancar si perdía tu posición ¿Porqué? Porque se concebía que el partido tenía que prepararse para la revolución y en la revolución nadie podía discutir(...) si no, perdías(...)” (A. G. 9-9-2010).

Desde la perspectiva propuesta por Foucault (1988) se puede pensar que el marxismo, como disciplina científica, en su versión estalinista, representa “(...) una forma de poder que se ejerce sobre

9 Agradezco la confianza de C. S., quien generosamente compartió conmigo la carta enviada a un ex militante comunista.

la vida cotidiana inmediata, que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos” (p. 7). Ciertamente, las experiencias de militancia en el comunismo emergieron como espacios de construcción identitarias según la lógica dicotómica de oposición: la identidad comunista se piensa como “grado cero” o la norma que representa lo esperable, satisfactorio, correcto. Por lo tanto, lo que se aleja de dicha identidad, se concibe como lo negativo, lo desviado, lo anormal. Lo anterior se advierte en la intención del PCA de “educar” a aquellos militantes -sobre todo de extracción juvenil- “desviados”, de manera que retornen a lo que se entiende que es el “verdadero” camino revolucionario: *“Queremos afirmar (...) que cuando criticamos sus concepciones y sus prácticas como “aventureras”, lo hacemos (...) seguros de que la experiencia de la vida habrá de colocarlos finalmente en el auténtico accionar revolucionario”* (Agosti; 1969: 253).

Asimismo, la definición y clasificación de lo correcto y “lo desviado”, se expresa a partir de ciertas “prácticas divisorias”: quien se aparta de la norma debe ser corregido o expulsado. Al respecto, se puede mencionar la activa tarea de la Comisión de Control, cuya finalidad era velar por la pureza y la fidelidad de la militancia. Esporádicamente este organismo editaba folletos que expresaban, por un lado, la preocupación oficial por las llamadas “desviaciones” de algunos militantes -luego de evidenciarse conductas sospechosas o ideas “extrañas” a las normas partidarias-, y por otro, la necesaria educación de los afiliados en el espíritu de vigilancia revolucionaria. Por ejemplo, se definía la calidad de buen militante, no tanto por su compromiso y voluntad, sino *“(...) a través del grado de (...) asimilación de la línea política y táctica del Partido y de su decisión y consecuencia en la aplicación de la misma, del grado de su propensión, no a poner de relieve sus ideas personales o “extrañas”, sino las ideas del Partido, elaboradas colectivamente”* (Comisión Nacional de Educación; 1960: 41).

La identidad como sutura o “¿Qué es la vida de un revolucionario?”

Las identidades son construcciones históricas sometidas a los contextos en los que se constituyen, contextos que pueden cambiar y por lo tanto alterar o producir desplazamientos en los contenidos de la identidad (Hobsbawm; 1996). De hecho, en el contexto de una particular coyuntura política y social que atravesaba Argentina en los años sesenta -caracterizada por el estancamiento económico, la recurrencia de gobiernos dictatoriales y semi-constitucionales y la creciente movilización popular-, algunos sectores de la izquierda, desilusionados por la democracia liberal, introdujeron una idea y una práctica de la revolución como equivalente de transformación social radical, y la apelación a la violencia armada como estrategia privilegiada para la consecución de las transformaciones sociales (Calveiro; 2005). El desarrollo de estos nuevos agrupamientos -que surgieron como “competidores” del comunismo dentro del arco político de la izquierda-, fue determinante en los conflictos que atravesó el partido durante aquellos años, cuando la crítica al estalinismo y a la burocracia local se hizo cada vez más generalizada entre algunos sectores de la propia militancia.

Aunque el partido apoyaba oficialmente los logros de la Revolución Cubana, caracterizó la experiencia como “excepcional”, pues no creía posible aplicar la vía de la lucha armada en Argentina (Campioni; 2002). Ciertamente, el PCA tendía a considerar a la acción armada alejada de las necesidades, prácticas y condiciones reales del movimiento obrero y popular, o más aún, de servir objetivamente a los intereses de la derecha en cuanto a desencadenar políticas reaccionarias. Al respecto se afirmaba: *“(...) es preciso tener en cuenta que la lucha armada no puede empeñarse si no se ha creado una situación revolucionaria directa. Y en lo que respecta a nuestro país, si bien se puede afirmar que está madurando una situación revolucionaria, no existen aún las condiciones subjetivas para asegurar el triunfo de la revolución”* (Resoluciones

y declaraciones; 1965: 40).

Dichas estrategias de acción mantenidas hasta el momento por el comunismo, fueron fuertemente criticadas por estos sectores de la llamada "Nueva Izquierda" o "izquierda revolucionaria", las cuales fueron tachadas de reformistas y "tibias". En relación a la "lucha gris" que representaba la militancia en el PCA para algunos grupos de la llamada "izquierda revolucionaria", el partido afirmaba: *"El programa de la revolución (...)no supone un movimiento súbito y puro, ni una postergación de los combates cotidianos por las reivindicaciones del pueblo hasta que llegue el momento de la culminación triunfante de la revolución (...)establece un vínculo estrecho entre las tareas cotidianas y el objetivo revolucionario de la toma del poder (...). No se nos escapa que en sectores de la izquierda pequeñoburguesa, propicios a desdeñar la "lucha gris" de todos los días como un largo y rutinario camino fatigante, impacientes soluciones catastróficas y a veces hasta mitológicas, actúan muchas personas honradas, y sobre todo muchos jóvenes sinceramente revolucionarios (...)"*(Agosti; 1969: 252).

Entre aquellos sectores de las fuerzas de izquierda que discutían sobre el carácter de la revolución y las vías, y las formas o escenarios de lucha para la conquista del poder, los libros *Guerra de guerrillas* (1961), de Ernesto Guevara, y *¿Revolución en la revolución?* (1967) de Régis Debray, fueron textos muy difundidos. Básicamente en ellos se planteaba que en países dependientes como los de América Latina el terreno de la lucha armada debía ser fundamentalmente el campo y que de la violencia armada nacerían las condiciones subjetivas necesarias para desatar la revolución. Así, la llamada concepción foquista tendió a desarrollar una práctica y una concepción militarista de la política, lo cual se evidencia en las ideas de Debray cuando afirmaba: *"hoy en América Latina, una línea política que no pueda expresarse en el plano de sus efectos en una línea militar coherente y precisa no puede ser tenida por revolucionaria"* (1967:19). En consecuencia, la primacía de lo militar sobre lo político y del campo sobre las zonas urbanas como escenario de la lucha, cuestionaban al proletariado como sujeto de la revolución y consecuentemente la posición de vanguardia revolucionaria autoproclamada por el propio PCA.

Podría afirmarse que las críticas lanzadas por la Nueva Izquierda se articulan con aquel planteo según el cual, la emancipación de los sujetos -concebida según estos grupos a partir de la lucha armada-, sólo se alcanzaría si rompen con la estructura, lo cual, para el caso de los militantes comunistas, implicaría que estos solo lograrían constituirse en sujetos, si escapan de las imposiciones normativas y del escaso margen de acción que habilita el partido. Ahora bien, ¿La emancipación, como modo de constituirse en sujeto, implica luchar por la revolución socialista a través de la vía armada o se puede albergar la posibilidad de subjetivación también mediante pequeños gestos cotidianos? A modo de respuesta, vale la pena recuperar la reflexión de un militante sobre su padre, dirigente del PCA local: *"¿qué es la vida de un revolucionario? Yo no sé (...) mi viejo luchó por la revolución como pudo, a su manera, como la concibió (...) cuando a él lo detienen en el año '76 (...) movilizaba (...) un documento en donde denunciaba abiertamente el asesinato de unos camaradas a manos del ejército (...) ¡tenías que salir en el '77 a denunciar eso! (...) mi viejo tuvo actitudes muy valientes, en el momento que tenés que tenerlas, no después, y le valió cuatro años de cárcel (...) y yo me eduqué así, hay cosas que yo no entiendo (...) que ponen en tela de juicio ¿qué es, en definitiva, qué es el compromiso?"* (R. G. 2-4-2014).

Advertir que la constitución identitaria en el comunismo se configuró bajo la racionalidad moderna, no supone analizarla en términos de universales. Al contrario, la identidad requiere ampliarse más allá de la noción moderna, abandonando la posición normativa, de la lógica de lo uno, a partir de la cual se determinaría cuán creativa o fugada (y jugada) es la práctica del sujeto que investigamos al compararla con líneas de fuga universales, como las

revoluciones. En palabras de Deleuze (1990): “Lo uno, el todo, lo verdadero, el objeto, el sujeto no son universales, sino que son procesos (...) inmanentes a un determinado dispositivo (...) no hay universalidad de un sujeto fundador o de una razón por excelencia que permita juzgar los dispositivos” (p. 158). En virtud de esta disposición investigativa, consideramos que la respuesta al interrogante “¿qué es el compromiso?” se relaciona a criterios inmanentes del “aquí y ahora”, es decir, el compromiso revolucionario depende de las condiciones de posibilidad propias de la época en que se produjeron dichas prácticas.

Para analizar los procesos de constitución identitaria de la militancia comunista, resulta apropiado pensar al comunismo como dispositivo, esto es, una construcción de lectura para interpretar una realidad concreta, como lo conceptualiza Foucault¹⁰. Según Deleuze (1990) los dispositivos constituyen a los sujetos inscribiendo en sus cuerpos un modo y una forma de ser, y como tales, se conciben como un conjunto de líneas de fuerza o sujeción -maquinas para hacer ver y para hacer hablar- que configuran una forma fija de vivir o experimentar. Sin embargo, las líneas de fuerza -que constituyen al sujeto de modo pasivo- implican la posibilidad de fuga, de recusación de la sujeción, de experimentar otras formas de vivir. En sintonía con esta perspectiva, la identidad que se constituye dentro de este dispositivo, puede considerarse como punto de sutura (Hall; 2003), como una articulación entre dos procesos: el de sujeción -los discursos y las prácticas que se tienen respecto de la posición que se ocupa en el espacio social-, y el de subjetivación -aquellos que conducen a aceptar, modificar o rechazar estas locaciones o posicionamiento de sujeto-.Entonces, constituirse en sujeto puede pensarse como una línea de fuga dentro del dispositivo y por ello, no está desconectado de los procesos de sujeción¹¹.

A pesar que los nuevos grupos de la izquierda armada caracterizaban las prácticas de la militancia comunista como deslucidas, poco gloriosas o poco “revolucionarias” -si entendemos a estas solo como acciones de lucha y enfrentamientos violentos, en los que se juega la vida en cada momento-, estas formaron parte del proceso de subjetivación de estos militantes. De hecho, si bien ciertas prácticas partidarias vinculadas a la incorporación disciplinada de las pautas sociales comunistas podrían pensarse como procesos de sujeción, también debemos pensar que en el marco de la sociedad global y en el momento histórico analizado, estar sujeto a los mandatos y lineamientos del comunismo, implicaría, al mismo tiempo, constituirse sujeto, al formar parte de un proyecto de cambio social, de emancipación hacia el socialismo. Esta “forma comunista” de habitar el mundo -sensible ante las injusticias de la sociedad capitalista-se diferenciaría de aquellas subjetividades producidas por el orden social instituido que configura a los sujetos como agentes pasivos, apáticos y acrílicos frente a las relaciones de explotación. En el siguiente fragmento de una entrevista, lo anterior se hace presente: “los comunistas tenemos una visión distinta del mundo (...) cuesta después, porque nosotros vivimos en un mundo que es distinto y sabemos que puede haber un mundo mejor, hay otra gente que vive en este mundo, que es así y así debe ser y nadie se cuestiona nada (...)” (J. T. 18-07-2012)

10 Al respecto Foucault afirma “lo que trato de situar bajo ese nombre es, en primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo que compone discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, las proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas (...). El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos” (Foucault; 1991:128).

11 Somos conscientes que al mencionar los procesos de constitución del sujeto hacemos referencia a su configuración subjetiva. No es nuestro interés abordar aquí la subjetividad como categoría teórica-lo cual implicaría incluir el análisis de sus dimensiones cognitivas, emotivas y corporales-, sino mas bien la identidad, entendiendo que esta representa una forma o espacio específico de subjetividad que puede ser pensada básicamente como un conjunto de significaciones acerca de sí y que refiere también a un sentido de pertenencia o identificación colectiva, en tanto dichas significaciones sólo pueden ser construidas a partir de la relación social.

En virtud de lo anterior, se debe incorporar en el análisis de la constitución de la identidad de un sujeto, la dimensión del futuro, esto es, el desarrollo de un proyecto colectivo que opera como horizonte de futuro, anticipación del porvenir y causa del movimiento. En este sentido, ciertos significados constituidos grupalmente les permitieron dar sentido a su experiencia militante y enlazar su historia individual dentro de un proyecto colectivo pleno de aspiraciones igualitarias: "(...) América Latina vivía un momento revolucionario (...) el mundo marchaba hacia una nueva situación, entonces (...) todos soñábamos y nos preparábamos para eso y por otra parte, nosotros, en esa época (...) y en el presente, queremos cambiar la sociedad, no queremos esta sociedad" (A. G.; 9-9-2010).

A modo de cierre provisorio

*Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco. Me has agregado la fuerza de todos los que viven.
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento. Me has dado la libertad que no tiene el solitario. Me
enseñaste a encender la bondad, como el fuego. Me diste la rectitud que necesita el árbol.
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres. Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en
la victoria de todos. Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis hermanos.
Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca. Me hiciste adversario del malvado y muro del
frenético.
Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría. Me has hecho indestructible porque
contigo no terminé en mí mismo.*

"A mi partido", Pablo Neruda; s/d.

En esta ponencia se pretendió reflexionar sobre los modos en que la experiencia de militancia en un colectivo político y un tiempo histórico específico configuró la identidad de las personas que vivieron dicha experiencia. En tal sentido, a través del análisis de documentos escritos y entrevistas a militantes, abordamos la experiencia de militancia en el comunismo a partir de la premisa que entiende la constitución identitaria como proceso en el que operan lógicas de disciplinamiento y sujeción, tales como la exaltación de los principios del marxismo-leninismo, pero también líneas de fuga o subjetivación más creativas.

Una imagen ampliamente difundida sobre el PCA, lo presenta como una "máquina de disciplinamiento" que controla los más mínimos aspectos de la vida del militante. Sin embargo, sostener que el partido sólo posibilitaba el camino de la subordinación o la expulsión, supone una concepción del sujeto social como receptor pasivo de dicho intento normativo. Desde la perspectiva aquí abordada, en cambio, se entiende que la construcción de la identidad comunista puede ser pensada como un espacio de tensión entre los intentos partidarios de dotarla de unos límites precisos, y la apropiación, recreación o impugnación de tales imposiciones por la militancia. En virtud de lo anterior, para analizar los procesos de subjetivación de los militantes comunistas se debe operar con cierta forma de comprensión que podría denominarse "la lógica del 'y'", de manera de plantear la tensión entre la norma y lo "otro". Por lo tanto, en lo que respecta al PCA, en lugar de apelar a un análisis dicotómico que concibe al partido como un espacio de imposición normativa -y que implica

para el sujeto la resignación pasiva o su salida, su ruptura con él-, se interpreta como dispositivo en el que ciertas líneas de fuerza condicionan pero en el que también se habilitan líneas de fuga o espacios de posibilidad, de creatividad.

Por otra parte, el análisis del proceso de constitución identitaria de los militantes comunistas "setentistas" no debe perder de vista que sus formulaciones ideológicas, teóricasy políticas, sus costumbres, sus estilos de participación y sobre todo su fiel adhesión a los principios del marxismo-leninismo, enmarcan a este partido político dentro del tradicional paradigma político propio de la modernidad. Por lo tanto, a pesar de las fuertes críticas provenientes de diversos sectores intelectuales, ante los efectos perversos del proyecto moderno, y sobre todo ante los crímenes perpetrados por el régimen estalinista en nombre de la emancipación socialista de la humanidad, se considera que nuestra investigación debe estar regida por una actitud comprensiva y sobre todo respetuosa de los valores y sentidos que estas personas le atribuyen a su militancia. En efecto, el poema de Neruda da cuenta del sentido que tuvieron las diversas experiencias de sujetos que, plenos de aspiraciones y visiones igualitarias, soñaron transformar el mundo, y por ello lucharon contra un orden opresivo y desigual. Se trata de cuestiones que hoy pueden parecer algo utópicas, sin embargo durante aquellos años aparecían como posibles e imprescindibles.

Fuentes

Editas

Agosti, Héctor, P. (1969): "La revolución que propiciamos. Informe ante el XIII Congreso sobre el programa del Partido Comunista", *Nueva Era*, N° 3, Abril, Buenos Aires.

Codovilla, Victorio (1963): "Por la acción de masas hacia la conquista del poder. Informe del Comité Central sobre el primer punto del orden del día.", *XII Congreso Nacional Programa del Partido Comunista*, Editorial Anteo, Buenos Aires.

Comisión Nacional de Educación del Partido Comunista (1960): Carpeta del educador. Número dedicado al 43º aniversario del Partido Comunista de la Argentina, N° 12, S/D, Buenos Aires.

Comité central del Partido Comunista Argentino (1965): "Resoluciones y declaraciones del Partido Comunista de la Argentina: 1963-1964", Editorial Anteo, Buenos Aires.

Debray, Régis (1967): *¿Revolución en la revolución?*, Editorial Casa de las Américas, La Habana.

González Alberdi, Paulino (1974): "¿Porqué se ataca al marxismo?", *Nueva Era*, N° 3, Abril, Buenos Aires.

Inéditas

- A. G. Entrevista realizada el 9 de Septiembre de 2010, en la ciudad de Córdoba. Entrevistadora: Paola Bonvillani.
- L. Y. Entrevistas realizadas el 21 de Abril de 2009 y el 28 de Agosto de 2010, 3 de Julio de 2015 en la ciudad de Córdoba. Entrevistadora: Paola Bonvillani.
- R. G. Entrevista realizada el 2 de Abril de 2014, en la ciudad de Córdoba. Entrevistadoras: Andrea y Paola Bonvillani.
- C. S. (2009): Carta enviada a J. D., Agosto, Santiago del Estero.
- R. N. Entrevistas realizadas el 27 de Mayo y 10 de Agosto de 2015, en la ciudad de Córdoba. Entrevistadora: Paola Bonvillani.
- J. T. Entrevistas realizadas el 18 de Julio de 2012, en la ciudad de Córdoba. Entrevistadora: Paola Bonvillani

Bibliografía

- Arfuch, Leonor (2002): *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo.
- Calveiro, Pilar (2005): "Antiguos y Nuevos Sentidos de la Política y la Violencia", en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, Año 1, Buenos Aires.
- Campione, Daniel (2002): "Hacia la convergencia cívico-militar. Partido Comunista y "Frente Democrático", 1955-1976", *II Jornadas de Historia de las Izquierdas*, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, Buenos Aires, pp.: 52-65.
- Deleuze, Giles (1990): "¿Qué es un dispositivo?", en AA. VV. *Michel Foucault, filósofo*, Editorial Gedi-sa, España, pp. 155-163.
- Foucault, Michel (1984): "La ética del cuidado de sí como práctica de libertad", pp. 257-280.
- (1988): "El sujeto y el poder", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, N° 3, (Jul. - Sep., 1988), pp. 3-20.
- Foucault, M. (1991) *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta.
- Hall, Stuart (2003): "¿Quién necesita 'identidad'?", en Stuart Hall y Paul du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 13-39.
- (2010): "La cuestión de la identidad cultural", en Stuart Hall *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (Eds.). Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, Envión Editores, Colombia, pp.: 363-404.
- Hobsbawm, Eric (1996): "La política de la identidad y la izquierda", en *Nexos*, N° 224, Agosto, México, pp.: 41-47.
- Ibáñez Gracia, Tomás (1996): *Fluctuaciones conceptuales en torno a la posmodernidad y a la Psicología*, Consejo de Estudios de Posgrado, Venezuela.
- Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid.
- Lagorio, Carlos (2012): *Pensar la modernidad. Una historia cultural de las revoluciones*, Biblos, Buenos Aires.
- Larraín Jorge (1997): "La trayectoria latinoamericana a la modernidad", en *Estudios Públicos*, N° 66, otoño, OSantiago de Chile, pp.: 313-333.
- Lytard, Jean François (1994): *La condición posmoderna*, Editorial Cátedra, Madrid.
- Taylor, Charles (1993): *El multiculturalismo y la "política del reconocimiento"*, México, FCE.
- Tortti, Cristina (2006): "La Nueva Izquierda en la historia reciente de la Argentina", *Cuestiones de Sociología*, N° 3, FAHCE, La Plata, pp. 19-32.